

Dentelladas de tigre

El tren aminoró a las afueras de El Paso. Sin despertar a mi pequeño Ben, me lo llevé en brazos al vestíbulo del vagón para mirar el paisaje. Y oler el desierto. Caliche, salvia, azufre de la fundición, leña quemada de las barracas de los mexicanos junto al río Grande. La Tierra Santa. Cuando vine aquí de pequeña, a vivir con Mamie y el abuelo durante la guerra, fue la primera vez que oí hablar de Jesús, de María, de la Biblia y el pecado, así que Jerusalén se mezcló con las sierras y los desiertos de El Paso. Juncos en las orillas del río y enormes crucifijos por todas partes. Higueras y granados. Mujeres tapadas con mantos oscuros y niños en los brazos, hombres pobres y enjutos con ojos de mártir, de redentor. Y de noche las estrellas eran grandes y resplandecientes como en la canción, y brillaban con tanta insistencia que parecía lógico que los reyes sabios no pudieran evitar seguir cualquiera de ellas y hallaran el camino.

Mi tío Tyler había urdido una reunión familiar para Navidad. Entre otras cosas esperaba que mis padres y yo nos reconciliáramos. A mí me daba miedo volver a verlos... Estaban furiosos porque mi marido, Joe, me había dejado. Por poco se mueren cuando me casé con diecisiete años, así que mi divorcio era la gota que colmaba el vaso. Aun así me moría de impaciencia por ver a mi prima Bella Lynn y a mi tío John, que venía desde Los Ángeles.

¡Y allí estaba Bella Lynn! En el aparcamiento de la estación del tren. Saludando de pie desde un Cadillac descapotable azul celeste, vestida con un traje de vaquera de ante con flecos. Seguramente era la mujer más bella del oeste de Texas, debía de haber ganado un millón de concursos de belleza. Pelo largo rubio claro y ojos color miel. Y su sonrisa, sin embargo, o más bien su risa, era una cascada profunda de alegría, insinuaba y se burlaba del dolor que la alegría siempre trae consigo.

Lanzó nuestro equipaje y la cunita de Ben en el asiento trasero. Los Moynihan somos todos gente fuerte, por lo menos físicamente. Nos inundó de besos y abrazos a los dos, y luego montamos en el coche y pusimos rumbo al restaurante A & W del otro lado de la ciudad. Hacía frío pero el aire estaba limpio y seco, Bella llevaba la capota bajada y la calefacción a tope, hablaba sin parar mientras conducía, con una sola mano, porque con la otra iba saludando a todo el mundo que pasaba.

—Antes de nada debería avisarte de que andamos cortos de espíritu navideño en casa. El tío John llegará pasado mañana, para Nochebuena, menos mal. Mary, tu madre, y mamá empezaron a beber y a pelearse en cuanto se vieron. Mamá se subió al tejado del garaje y no quería bajar. Tu madre se cortó las venas.

—Ay, Dios.

—Bueno, ya sabes, no fue grave ni nada. Escribió una nota de suicidio diciendo que siempre le has arruinado la vida. ¡La firmó «Mary, la Sangrienta»! Está ingresada en el pabellón psiquiátrico del St. Joseph, en observación durante setenta y dos horas. Al menos tu padre no vendrá, está hecho una furia por lo de tu D-I-V-O-R-C-I-O. Mi abuela la loca sí que ha venido. ¡Chiflada perdida! Y una caterva de parientes horribles de Lubbock y Sweetwater. Papá los ha metido en un motel, pero vienen a casa y se pasan todo el día comiendo y viendo la tele. Todos son renacidos, así que creen que tú y yo no tenemos salvación. ¡Y ha venido Rex Kipp! Papá y él se pasan el día comprando regalos y cosas para los pobres y se quedan a su aire en el taller de papá. Así que, chica, no sabes cuánto me alegro de verte...

En el A & W pedimos desde el coche hamburguesas con patatas fritas y batidos, como siempre. Le dije a Bella que Ben podía comer un poco de lo mío, porque solo tenía diez meses, pero ella le pidió una hamburguesa y banana split. Toda nuestra familia es extravagante. Bueno, no, mi padre no es así, para nada. Nació en Nueva Inglaterra, es ahorrativo y responsable. Yo tiro más a los Moynihan.

Después de ponerme al corriente de la situación, Bella me habló de Cletis, que había sido su marido solo dos meses. Cuando se casó sus padres se enfadaron tanto como los míos conmigo. Cletis trabajaba de peón en la obra, en pozos petrolíferos, o de jinete en los rodeos. Las lágrimas caían por las preciosas mejillas de Bella mientras me lo contaba todo.

—Lou, éramos felices como unos tortolitos. Juro que nadie ha vivido nunca un amor tan tierno y dulce. ¿Por qué los tortolitos son felices, por el amor de Dios? Teníamos nuestra pequeña caravana en el valle del sur, al lado del río, estábamos en la gloria. Nuestro pequeño paraíso. ¡Yo limpiaba la casa y lavaba los platos! Cocinaba, hacía pastel de piña, macarrones, un montón de platos distintos, y él estaba orgulloso de mí, y yo de él. La cosa empezó a torcerse cuando papá me perdonó por casarme con Cletis y nos compró una casa. En Rim Road, nada menos, una mansión, con columnas en el porche, pero nosotros no queríamos, así que Cletis y papá se enzarzaron en una discusión terrible. Intenté explicarle a papá que no queríamos aquel caserón, que me gustaba vivir en la caravana. Y también tuve que explicárselo a Cletis una y otra vez, porque aunque no quise mudarme se puso de morros. Entonces un día fui a La Popular, los grandes almacenes, y me compré un poco de ropa y unas toallas, cuatro cosas nada más, y las cargué a la cuenta que tengo allí de toda la vida. Cletis se puso como loco, dijo que me había gastado más dinero en dos horas del que él ganaba en seis meses. Así que lo saqué todo afuera, lo rocié de queroseno y le prendí fuego, y nos besamos e hicimos las paces. Ah, pequeña Lou, le quería tanto, ¡tanto! Luego cometí otra estupidez, y ni siquiera entiendo por qué lo hice. Mamá había pasado de visita. Imagino que simplemente me metí en la piel de una mujer casada, ¿entiendes? Una

adulta. Preparé café y serví galletas Oreo en un platito. Empecé a irme de la maldita lengua hablando de S-E-X-O. Supongo que por fin me sentía mayor para hablar con ella de S-E-X-O. Y tampoco lo sabía, por Dios, así que le pregunté si me podía quedar embarazada por tragármelo cuando Cletis se corría. Mamá salió de la caravana hecha un basilisco y volvió corriendo a casa a contárselo a papá. Se armó un lío infernal. Esa noche papá y Rex vinieron y le pegaron a Cletis una paliza de muerte. Acabó en el hospital con la clavícula fracturada y dos costillas rotas. Dijeron que era un pervertido y que lo meterían en la cárcel por sodomita y que anularían el matrimonio. ¿Te lo puedes creer, que mamársela a tu legítimo esposo vaya contra la ley? De todos modos no volví con papá, no me separé de la cabecera de Cletis hasta que pude llevármelo a casa. Y todo fue bien, otra vez los dos felices como tortolitos, a pesar de que Cletis empezó a beber mucho, con eso de que no podría volver a trabajar en una temporada. Hasta que la semana pasada me asomo y veo este Cadillac flamante aparcado delante de nuestra caravana, con un enorme muñeco de Santa Claus al volante y adornado con lazos de raso. Me eché a reír, porque ya te imaginas que era gracioso, pero Cletis dijo: «Contenta, ¿eh? Bueno, pues yo nunca te voy a hacer tan feliz como tu papaíto». Y se fue. Pensé que era solo un arranque de genio y que luego volvería. Ay, Lou, pero no va a volver, ¡se ha largado! Se ha ido a Luisiana, a trabajar en una plataforma petrolífera. Ni siquiera me llamó. Me lo dijo la bruta de su madre cuando vino a buscar su ropa y su silla de montar.

Resulta que el pequeño Ben se había comido la hamburguesa enterita y una buena parte del banana split. Vomitó y se lo echó todo encima y salpicó la chaqueta de Bella Lynn. Ella tiró la chaqueta en el asiento de atrás, limpió a Ben con servilletas de papel mojadas mientras yo sacaba ropa limpia y un pañal. Eso sí, no lloró para nada. Le encantaba la música country y el rock and roll, y estaba fascinado con la voz y el pelo de Bella Lynn, no le quitaba ojo.

Envidié a Bella y Cletis, tan enamorados. A Joe yo lo adoraba, pero siempre le había tenido miedo, siempre estaba intentando complacerle. Ni siquiera creo que él me hubiera querido demasiado. Me sentí desgraciada, no tanto porque le echara de menos, sino por cómo habían fracasado nuestros planes y porque todo parecía culpa mía.

Le conté a Bella mi breve y triste historia. Que Joe era un escultor maravilloso. Le habían dado una beca Guggenheim, consiguió un mecenas y una villa y una fundición en Italia, y se marchó. «El arte es su vida». (Me había dado por decir eso, a todo el mundo, con dramatismo). No, no me pasaba la manutención del niño. Ahora ni siquiera sabía su dirección.

Bella Lynn y yo nos abrazamos y lloramos un rato, y al final ella suspiró.

—Bueno, por lo menos te queda el bebé.

—Los bebés.

—¿Qué?

—Estoy de casi cuatro meses. Para Joe fue el colmo que me quedara embarazada otra vez.

—¡Será el colmo para ti, cabeza de chorlito! Maldita sea, ¿se puede saber qué vas a hacer? No creas que tus padres van a ayudarte. Tu madre va a suicidarse una y otra vez cuando se entere de esto.

—No sé qué voy a hacer. Encima, hay otro problema gordo... Me moría de ganas de venir, pero no me dejaban librar en Nochebuena en la agencia fiduciaria. Así que me marché y me vine, sin más. Ahora tendré que buscarme otro trabajo, y embarazada.

—Has de abortar, Lou. No te queda otra.

—¿Y dónde quieres que aborte? De todos modos... será tan fácil criar sola a dos niños como a uno.

—Tan difícil, querrás decir. Y además, no es verdad. Si Ben es tan encantador, es porque tú estabas con él cuando era un bebé. Ahora ya tiene edad para que lo dejes al cuidado de alguien mientras vas a trabajar, aunque sea una lástima. Pero no puedes irte dejando a un recién nacido.

—Bueno, así están las cosas.

—Hablas igual que tu padre. La cosa es que tienes diecinueve años y eres bonita. Has de buscarte a un hombre bueno, fuerte y decente, dispuesto a querer al pequeño Ben como si fuera su propio hijo. Ahora bien, encontrar a alguien que cargue con dos críos ya es otra historia. Solo podría ser una especie de buen samaritano dispuesto a rescatarte, un santo, y te casarías con él por gratitud y luego te sentirías culpable y lo detestarías, así que acabarías locamente enamorada de un saxofonista bohemio... Sería una tragedia, Lou, una tragedia. A ver, pensemos. Esto es muy serio. Ahora solo quiero que me escuches y dejes que me ocupe de ti. ¿Acaso no te he aconsejado siempre bien?

Bueno, de hecho no, ni mucho menos, pero estaba tan confundida que no dije nada. Me arrepentí de habérselo contado. Yo solo quería reunirme con la familia y pasarlo bien, olvidar todos mis problemas. Ahora habían empeorado aún más, con mi madre suicidándose otra vez, y mi padre que ni siquiera iba a venir.

—Espérame aquí, no te muevas. Pídenos un café mientras voy a hacer unas llamadas.

Sonrió y saludó a varias personas, en su mayoría hombres, que la llamaban desde otros coches aparcados mientras iba a la cabina telefónica. Se pasó un buen rato dentro, aunque salió dos veces, una para venir a buscar un suéter y café, y luego a por más monedas. Ben se entretuvo jugueteando con los botones de la radio y encendiendo y apagando el limpiaparabrisas. La camarera que llevaba los pedidos a los coches me calentó un biberón; Ben se lo tomó y se durmió en mi regazo.

Cuando Bella volvió, sonriente, levantó la capota y nos pusimos en marcha hacia la plaza por Mesa Street. Venía cantando «South of the border... down Mexico way!».

—Bueno, Lou. Todo arreglado. Yo también he pasado por esto. Es horrible, pero el sitio es de confianza y limpio. Entrarás esta tarde a las cuatro, y a las diez de la mañana estarás fuera. Te darán antibióticos y analgésicos para que te los traigas, pero no es un dolor exagerado, es como una regla fuerte. He llamado a casa y les he dicho que nos vamos de compras a Juárez, que pasaremos la noche en el Camino Real. Ben y yo te esperaremos ahí, y nos iremos conociendo, y tú vuelves en cuanto esto se acabe.

—Un momento, Bella. No lo he pensado bien.

—Ya lo sé. Por eso me he encargado yo de pensarlo.

—¿Y si algo sale mal?

—Entonces buscaremos un médico aquí. En Texas te pueden salvar la vida y todo lo demás. Simplemente no pueden practicar abortos.

—¿Y si me muero? ¿Quién cuidará de Ben?

—¡Bueno, pues yo! Y te prometo que seré una madre estupenda.

Ahí me tuve que reír. Hablaba con mucha lógica. De hecho, sentí que me quitaba un gran peso de encima. No preocuparme por un recién nacido además de Ben. Qué alivio, por Dios. Bella tenía razón. Un aborto era la mejor solución. Cerré los ojos y me recosté en el asiento de cuero.

—¡No tengo nada de dinero! ¿Cuánto cuesta?

—Quinientos. En efectivo. Que precisamente me arden ahora mismo en la mano. Tengo dinero para quemar. Cada vez que me acerco a mamá o a papá, aunque solo vaya buscando un abrazo o porque necesito contarles que echo de menos a Cletis o preguntarles si creen que debería ir a estudiar secretariado, lo único que se les ocurre es soltarme más dinero. Cómprate algo bonito, me dicen.

—Ya —dije. Sabía lo que era eso. Al menos antes de que mis padres me repudiaran—. A veces acababa pensando que si un tigre me arrancaba la mano a dentelladas y yo corría a buscar a mi madre, ella simplemente me soltaría un fajo de billetes en el muñón. O haría alguna broma... «¿Qué es eso que suena, una palmada con una sola mano?».

Llegamos al puente y al olor de México. Humo, guindilla, cerveza. Claveles, velas, queroseno. Naranjas y orines. Bajé la ventanilla y asomé la cabeza, contenta de estar en casa. Campanas de iglesia, música ranchera, bebop, mambo. Villancicos de las tiendas para los turistas. Ruidosos tubos de escape, bocinas, soldados estadounidenses borrachos de Fort Bliss. Señoras respetables de El Paso, compradoras serias, cargadas de piñatas y garrafas de ron. Había nuevas zonas comerciales y un flamante hotel de lujo, donde un empleado joven y cortés se ocupó del coche, otro de las maletas, y otro incluso tomó a Ben en brazos sin despertarlo. Nuestra habitación era elegante, con alfombras y tapices delicados, buenas antigüedades falsas y colorido arte folclórico. Las ventanas de postigos daban a un patio con una fuente de azulejos, exuberantes jardines, y más allá una piscina vaporosa. Bella les dio propina a todos y llamó al servicio de habitaciones. Una jarra de café, ron, Coca-Cola, repostería, fruta. Yo llevaba leche de fórmula, papilla y varios biberones limpios para Ben, y le pedí a Bella que no le diera caramelos ni helado.

—¿Natillas? —me preguntó. Asentí—. Y natillas —dijo por el teléfono. Bella llamó a la tienda de artículos de regalo y pidió un traje de baño de la talla 8, lápices de colores, cualquier juguete que tuvieran, y revistas de moda—. ¡Quizá deberíamos quedarnos aquí todos los días! ¡Al cuerno la Navidad!

Paseamos por los jardines con Ben entre las dos. Estaba tan a gusto y tan contenta que me sobresalté cuando Bella Lynn dijo:

—Bueno, cielo, es hora de que te vayas.

Me dio los quinientos dólares. Me dijo que para volver pidiera un taxi hasta el hotel y ella bajaría a pagar.

—No puedes llevar encima otro dinero ni documentos. Cualquier cosa, les das mi nombre y este número.

Ben y ella me saludaron con la mano cuando ya me había montado en un taxi, que Bella pagó después de darle las indicaciones al conductor.

El taxi me llevó al restaurante Nueva Poblana, a la entrada posterior del aparcamiento, donde yo esperaba a dos hombres vestidos de negro, con gafas oscuras.

Apenas llevaba allí tres o cuatro minutos cuando llegaron. Un viejo sedán apareció por la parte de atrás, rápido y silencioso, y aparcó junto a mí. Uno de los hombres abrió la puerta y me indicó con un gesto que subiera, mientras el otro daba la vuelta para montarse por el otro lado. El conductor, un chico joven, echó un vistazo alrededor, asintió y arrancó. Las ventanillas traseras tenían cortinas y el asiento era muy bajo, así que no pude ver por dónde íbamos; al principio parecía que condujeran en círculos, y luego el plas plas plas de un tramo de autopista, más círculos y el coche frenó. El crujido de unas pesadas puertas de madera. Avanzamos unos metros y paramos, la puerta se cerró.

Alcancé a echar un vistazo al patio mientras una vieja vestida de negro me conducía adentro. No me miró exactamente con desprecio, pero el hecho de que no se dignara a hablarme o a saludarme se contradecía tanto con la típica calidez y cortesía mexicanas que me pareció un insulto.

El edificio era de ladrillo ocre, quizá un antiguo taller, con el suelo de cemento, pero aun así había canarios, macetas de periquitos y portulacas. Música de bolero, risas, y el ruido de platos desde el otro lado del patio. Guiso de pollo, olor a cebolla y ajo, epazote.

Una mujer me saludó con un gesto expeditivo desde su escritorio, y cuando me senté me estrechó la mano pero sin presentarse. Me pidió mi nombre y los quinientos dólares, por favor. El nombre y el número de alguien a quien llamar en caso de emergencia. Eso fue todo lo que me preguntó, y no me hizo firmar nada. Ella hablaba poco inglés, pero no le hablé en español, y tampoco a los demás; habría parecido un exceso de confianza.

—A las cinco vendrá el doctor. Le hará examen, y le colocará el catéter en el útero. Durante la noche provoca contracciones, pero con medicina para dormir no se sentirá mal. Nada de comida o agua después de cenar. A la mañana temprano normalmente hay un aborto espontáneo. Seis de la mañana, entrará a la sala de operaciones y le hacen D y C. Se despierta en su cama. Le damos ampicilina para la infección, codeína para el dolor. A las diez, un coche la lleva a Juárez o al aeropuerto o al autobús de El Paso.

La vieja me acompañó a mi cama, que estaba en una habitación oscura con otras seis camas. Levantó los cinco dedos para indicarme la hora de la visita, luego señaló la cama y apuntó también hacia una sala de espera al otro lado del pasillo.

Había tan poco ruido que me sorprendió encontrar una veintena de mujeres en la habitación, todas estadounidenses. Tres de ellas eran muy jóvenes, apenas niñas, con sus madres. Las otras estaban solas, leyendo revistas o sentadas, a lo suyo. Cuatro de las mujeres parecían ya cuarentonas, o incluso de cerca de cincuenta años... embarazos premenopáusicos, supuse, que al parecer no eran un cuento chino. El resto eran chicas con poco menos o poco más de veinte años. A primera vista se notaba que todas estaban asustadas, incómodas, pero por encima de todo sumamente avergonzadas. De haber hecho algo terrible. Vergüenza. No se advertía ningún vínculo de empatía entre ninguna de ellas; mi llegada pasó prácticamente desapercibida. Una mujer mexicana embarazada iba de un lado a otro con una fregona sucia y húmeda, mirándonos con curiosidad y desdén sin ningún disimulo. Sentí una rabia irracional hacia ella. ¿Y tú qué le cuentas al cura, perra? ¿Que tienes siete hijos y estás sin marido, que has de trabajar en este agujero o morir de hambre? Ay, Dios, seguramente era cierto... Sentí un cansancio, una tristeza inmensa, por ella, por todas nosotras.

Todas, sin excepción, estábamos solas. Las chiquillas quizá más todavía, porque a pesar de que dos de ellas lloraban, sus madres también parecían ajenas y distantes, con la mirada perdida, aisladas en su propia rabia y vergüenza. Solas. Se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas, porque Joe se había ido, porque mi madre no estaba ahí, nunca.

Yo no quería abortar. No necesitaba abortar. Los distintos panoramas que imaginé para las demás mujeres que había en la habitación eran todos desoladores, historias espantosas, situaciones imposibles. Violación, incesto, asuntos feos de toda índole. Yo podía hacerme cargo de este bebé. Seríamos una familia. El bebé, Ben y yo. Una familia de verdad. Quizá sea una locura. Por lo menos es una decisión mía. Bella Lynn siempre me dice lo que tengo que hacer.

Salí al pasillo. Quería llamar por teléfono a Bella Lynn, irme de allí. Todas las otras puertas estaban cerradas, salvo la de la cocina, donde las cocineras me echaron sin miramientos.

Una puerta se cerró de golpe. Había llegado el médico. No cabía duda de que era el médico, aunque parecía un galán de cine argentino o un cantante de un club nocturno de Las Vegas. La vieja lo ayudó a quitarse el abrigo de cachemira y la bufanda. Llevaba un traje de seda caro, un Rolex. Eran su arrogancia y su autoridad las que le daban aire de médico. Era moreno, untuosamente atractivo, de andares sigilosos, como un ladrón.

Al verme me tomó del brazo.

—Vuelve con las otras chicas, cariño, es hora de la revisión.

—He cambiado de idea. Quiero irme.

—Ve a tu habitación, cielo. Algunas cambian de idea una docena de veces en una hora. Luego hablamos... Vamos, ¡ándale!

Encontré mi cama. Las otras mujeres estaban sentadas en el borde de sus catres. Dos de las chicas jóvenes. La anciana nos hizo desnudar, ponernos una bata. La chiquilla más joven temblaba, casi histérica de miedo. El médico la examinó primero y debo reconocer que la trató con paciencia e intentó tranquilizarla, pero ella le dio un

manotazo, pataleó para apartar a su madre. El médico le puso una inyección, la tapó con una manta.

—Volveré después. Relájese —le dijo a la madre.

A la otra chica joven también le dieron un sedante, antes de hacerle una revisión rutinaria. Le pidió un breve historial, la auscultó con el estetoscopio, le tomó la temperatura y la tensión. No nos habían hecho análisis de orina ni de sangre. El médico hacía un rápido examen pélvico a cada mujer, asentía, y luego la vieja les introducía una sonda de tres metros en el útero, poco a poco, como si rellenara un pavo. La anciana no llevaba guantes, iba pasando de una paciente a la otra. Algunas gritaban, como si el dolor fuera horrible.

—Esto les provocará cierta molestia —dijo el médico, hablando para todas—. También inducirá las contracciones y un rechazo natural y sano del feto.

Estaba examinando a la mujer mayor que había a mi lado. Cuando le preguntó cuándo había tenido el último periodo, ella dijo que no lo sabía... hacía tiempo que no tenía el periodo. El médico tardó un buen rato en examinarla.

—Lo siento —dijo—. Está de más de cinco meses. No puedo arriesgarme.

A ella también le dio un sedante. La mujer se quedó mirando el techo, desconsolada. Ay, Dios mío. Dios mío.

—Mira a quién tenemos aquí. A nuestra pequeña fugitiva —me puso el termómetro en la boca y el brazalete para tomarme la tensión, mientras me agarraba el otro brazo. Cuando me soltó para auscultarme, me saqué el termómetro.

—Quiero marcharme. He cambiado de opinión.

No me oyó, tenía puesto el estetoscopio. Me cubrió un pecho con la mano, sonriendo insolentemente mientras me auscultaba los pulmones. Retrocedí, furiosa. Le habló a la vieja, en español.

—Esta golfilla actúa como si nadie le hubiera tocado nunca los pechos —dijo.

Entonces contesté en español.

—Tú no los toques, cabrón.

Se echó a reír.

—¡Qué desconsideración dejarme hablar en inglés, con lo que sufro!

Luego se disculpó diciendo lo cínico y amargado que acababa uno después de quince, veinte casos al día. Una labor tan dolorosa como necesaria. Etcétera. Cuando terminó de hablar era yo la que sentía lástima por él y, que Dios me perdone, miraba absorta el pozo de sus grandes ojos castaños, mientras él me acariciaba el brazo.

Volví a la carga.

—Mire, doctor, no quiero hacer esto, y ahora me gustaría marcharme.

—¿Te das cuenta de que el dinero que has pagado no es reembolsable?

—No importa. De todos modos no quiero hacerlo.

—*Muy bien*. Me temo que aun así tendrás que pasar aquí la noche. Estamos lejos de la ciudad y nuestros chóferes no vuelven hasta mañana. Te daré un sedante para dormir. Mañana a las diez podrás irte. ¿Estás segura, *m'ija*, de que esto es lo que quieres? Última oportunidad.

Asentí. Me había dado la mano. Era un consuelo: me moría de ganas de llorar, de que me abrazaran. Ay, qué no haríamos por un poco de comprensión.

—La verdad es que podrías ayudarme —dijo—. La chiquilla del rincón está muy traumatizada. Su madre anda mal, no se puede contar con ella. Sospecho que lo ha hecho el padre, o una situación particularmente escabrosa. Sin duda la chica debería abortar. ¿Me ayudarías? ¿La tranquilizarías un poco esta noche?

Fui con él hasta la cama de la chica, me presenté. El médico me pidió que le explicara lo que iba a hacer, para que supiera a qué atenerse, que le explicara que no había peligro, que era fácil y que todo saldría bien. Ahora va a auscultarte el corazón y los pulmones... Ahora el doctor necesita palparte por dentro... (Él dijo que no le dolería. Yo le dije que iba a doler). Tiene que hacer esto para asegurarse de que todo está bien.

Aun así, la chica se resistía.

—¡A fuerzas! —dijo él.

La agarramos entre la vieja y yo. Luego ayudé al médico a sujetarla y seguí hablándole, tratando de calmarla, mientras la anciana introducía en su cuerpecito la sonda, palmo a palmo. Cuando acabó, la abracé; ella se colgó de mi cuello, llorando. Su madre seguía en la silla al pie de la cama, con expresión pétrea.

—¿Está en shock? —le pregunté al doctor.

—No, está borracha como una cuba.

Nada más decirlo, la mujer se desplomó y cayó al suelo; la levantamos y la acostamos en la cama al lado de la de su hija.

El médico y la anciana se marcharon entonces a otras dos habitaciones llenas de pacientes. Dos indias jóvenes entraron con las bandejas de la cena.

—¿Quieres que me quede a comer aquí contigo? —le pregunté a la chica.

Ella asintió. Se llamaba Sally; era de Misuri. Apenas dijo nada más, pero comió con avidez. Nunca había probado las tortillas mexicanas, echaba de menos un poco de pan. ¿Qué es esto verde? Aguacate. Está bueno. Mezcla un poco con la carne, ponlo en la tortilla y enróllala.

—¿Crees que tu madre se pondrá bien? —le pregunté.

—Por la mañana se encontrará mal —Sally levantó el colchón. Había una petaca de Jim Beam—. Si yo no estuviera y tú sigues por aquí, dale esto. Lo necesita para no vomitar.

—Sí. Mi madre también bebe —le dije.

Cuando se llevaron las bandejas, la vieja entró a traernos comprimidos grandes de Seconal. A las chicas más jóvenes les pusieron inyecciones. La anciana dudó al pasar junto a la madre de Sally, y al final le inyectó también un barbitúrico.

Me tumbé en la cama. Las sábanas eran ásperas, olían bien, como la ropa secada al sol, y la tosca manta mexicana olía a lana virgen. Recordé los veranos en Nacogdoches.

El doctor ni siquiera se había despedido. A lo mejor Joe volvería a casa. Ay, qué insensata. Quizá lo mejor sería abortar. Si no estoy en condiciones de criar a un hijo, mucho menos a dos. Dios mío, ¿qué debería...? Me quedé dormida.

Me despertaron unos sollozos angustiosos. La habitación estaba a oscuras, pero por el tenue resplandor de la luz del pasillo vi que no había nadie en la cama de Sally. Salí corriendo al pasillo. Me costó abrir la puerta del baño, porque Sally estaba en el suelo y me impedía el paso. Al entrar la encontré inconsciente, pálida como un cadáver. Había sangre por todas partes. Sally tenía una fuerte hemorragia, estaba enredada en vueltas y vueltas de sonda como un Laocoonte desquiciado. Había coágulos pegados a la goma de la sonda, que se arqueaba y se retorció, deslizándose por el cuerpo de la chica como un ser vivo. Comprobé que Sally tenía pulso, pero no pude levantarla.

Corrí por el pasillo, golpeando las puertas hasta que desperté a la vieja. Dormía vestida con su uniforme blanco; se puso los zapatos y fue al cuarto de baño a toda prisa. Tras echar un vistazo, se dirigió rápidamente al despacho a telefonar. Me quedé fuera, escuchando. La anciana cerró la puerta de una patada.

Volví con Sally, le lavé la cara y los brazos.

—El doctor viene para acá. Vaya a su habitación —me dijo la anciana.

La acompañaban las indias jóvenes. Me agarraron entre las dos y me acostaron en mi cama; la mujer me puso una inyección.

Me desperté en un cuarto inundado por un sol radiante. Había seis camas vacías, hechas con esmero, las colchas de un rosa vivo. Canarios y pinzones cantaban fuera, y la buganvilla morada rozaba los postigos abiertos con la brisa. Encontré mi ropa al pie de la cama. Me la llevé al cuarto de baño, que ahora estaba impecable. Me lavé y me vestí, me cepillé el pelo. Al caminar me tambaleaba, todavía sedada. Cuando volví a la habitación empezaron a traer a las demás mujeres en camilla para acostarlas. Vi a la mujer a la que no habían querido practicarle el aborto sentada en una silla, mirando por la ventana. Las chicas indias trajeron bandejas con café con leche, pan dulce, naranja en rodajas y sandía. Algunas de las mujeres desayunaron, otras vomitaban en una palangana o iban a trompicones al cuarto de baño. Todo el mundo se movía a cámara lenta.

—*Buenos días* —el doctor llevaba una bata verde larga, la mascarilla bajada, su pelo largo y negro alborotado. Me sonrió—. Espero que hayas dormido bien —dijo—. Te irás en el primer coche, saldrá en unos minutos.

—¿Dónde está Sally? ¿Dónde está su madre? —tenía la lengua pastosa. Me costaba articular las palabras.

—Sally necesitaba una transfusión de sangre.

—¿Está aquí? ¿Viva? —la palabra se resistió a salir.

El doctor me agarró de la muñeca.

—Sally está bien. ¿Lo tienes todo? El coche sale ahora mismo.

A cinco de nosotras nos condujeron apresuradamente por el pasillo, afuera y hasta el coche. Arrancamos y oímos que las puertas volvían a cerrarse.

—¿Quién va al aeropuerto de El Paso? —las demás mujeres iban al aeropuerto.

—A mí déjenme en el puente, del lado de Juárez —dije.

Luego el viaje prosiguió sin interrupciones. Nadie hablaba. Me moría de ganas de decir alguna tontería, como «¿No hace un día precioso?». Hacía un día precioso de veras, fresco y despejado, el cielo de un azul chillón mexicano.

Sin embargo, en el coche reinaba un silencio impenetrable, cargado de vergüenza, de dolor. Solo el miedo había desaparecido.

El bullicio y los olores del centro de Juárez eran los mismos de mi niñez. Me sentí una niña y como si solo quisiera deambular sin rumbo, pero le hice una señal a un taxi. Resultó que el hotel estaba a unas pocas calles de allí. El portero pagó al taxista. Bella Lynn se había encargado de todo. Estaban en la habitación, me dijo el portero.

La habitación era un completo desastre. Ben y Bella estaban en el centro de la cama, riéndose, arrancando las hojas de las revistas y lanzándolas por los aires.

—Este es su juego favorito. ¿Crees que de mayor será crítico?

Bella se levantó y me dio un abrazo, me miró a los ojos.

—Cielo santo. No lo has hecho. ¿Será posible, pequeña estúpida? ¡Estúpida!

—¡No, no lo he hecho! —sostenía a Ben en los brazos, sintiendo sus huesecitos contra mi pecho, ¡ah, qué bien olía! Empezó a parlotear. Me di cuenta de que se lo habían pasado estupendamente—. ¡No pude! Tuve que pagar de todos modos, pero te devolveré el dinero. Solo te pido que no me sermonees. Bella, había una chica allí, se llamaba Sally...

La gente dice que Bella Lynn es una consentida y una frívola. Que vive sin la menor preocupación. Pero nadie entiende las cosas como ella... Tiene un sexto sentido. No hizo falta que le explicara nada, aunque por supuesto más tarde lo hice. Simplemente me eché a llorar, y ella y Ben lloraron también.

Nosotros los Moynihan, sin embargo, lloramos o nos enfadamos y luego ya está. Ben fue el primero en cansarse, empezó a saltar en la cama.

—Oye, Lou, claro que no voy a sermonearte. Cualquier cosa que tú hagas me parecerá bien. Lo único que quiero saber es qué vamos a hacer ahora. ¿Tomamos un tequila *sunrise*? ¿Vamos a comer? ¿De compras? No sé tú, pero yo estoy hambrienta.

—Yo también. Vamos a comer. Y quiero comprar algo para tu abuela y para Rex Kipp.

—Qué, Ben, ¿te parece un buen plan? ¿Sabes decir «compras»? Hemos de inculcarle valores a este crío. ¡Compras!

El servicio de habitaciones trajo su chaqueta de flecos de la tintorería. Las dos nos cambiamos y nos maquillamos, vestimos a Ben. Al principio pensé que tenía un sarpullido, pero eran solo los restos de pintalabios de tanto besarle la cara.

Almorzamos en el comedor del hotel, que era precioso. Éramos chicas alegres, sin la menor preocupación. Jóvenes y bonitas y libres, con el futuro a nuestros pies. Nos contamos chismes y nos reímos y jugamos a especular sobre la vida de la gente que había en el salón.

—Bueno, vale más que volvamos a casa, si no queremos perdernos la reunión familiar —dije al fin, después de nuestro tercer café con Kahlúa.

Compramos regalos y un cesto de mimbre para meterlo todo, incluidos los juguetes de la habitación. Bella Lynn suspiró.

—Los hoteles son tan acogedores, siempre me da pena irme...

Tras la inmensa puerta de la casa de campo del tío Tyler, Roy Rogers y Dale Evans cantaban villancicos de Navidad a grito pelado. Había una máquina de burbujas instalada también detrás de la puerta, así que la primera vista del gigantesco árbol de Navidad era a través de unos prismas empañados por la espuma.

—Cielo santo, ¡es como pasar por un túnel de lavado! Y mira la alfombra —Bella Lynn desenchufó la máquina, apagó la música.

Bajamos los escalones de piedra que llevaban al colosal salón. Troncos, árboles enteros, ardían en la chimenea. Los parientes de la tía Tiny estaban todos repantigados en los sofás de cuero y los sillones reclinables viendo el partido de fútbol. Ben fue directo a sentarse; nunca había visto la televisión. Dulce criatura, nunca había estado fuera de casa; iba asimilándolo todo sobre la marcha.

Bella Lynn nos presentó, aunque la mayoría se limitaron a hacer un gesto con la cabeza, sin apartar apenas la vista de los platos o del partido. Iban todos bien vestidos, como para un funeral o una boda, pero aun así parecían un hatajo de jornaleros o víctimas de un tornado.

Volvimos a subir las escaleras.

—Me muero de ganas de verlos mañana en la fiesta de papá. A primera hora recogeremos al tío John, y de ahí pasamos y sacamos a tu madre del hospital. Luego habrá un cóctel y vendrá mucha gente. Buenos partidos, en su mayoría, así que no nos gustará ninguno. Pero también un montón de amigos, que quieren verte a ti y al bebé.

—¡Ay, Madre del Amor Hermoso!

Era la vieja señora Veeder, la madre de Tiny. Había alzado a Ben en brazos, sin preocuparse de que se le cayera el bastón, e iban los dos tambaleándose por el salón. Ben se reía, pensando que era un juego, mientras chocaban con las consolas y las vitrinas de la porcelana, haciendo añicos la cristalería. Una de las expresiones favoritas de mi madre es «La vida está erizada de peligros». La señora Veeder salió a trompicones con Ben en brazos hacia su cuarto, donde había otro televisor, sintonizado en el canal de las telenovelas, y bastantes cachivaches encima de la cama para entretenerlo durante meses. Saleros de cerámica de Texarkana con forma de letrina, caniches de punto que eran fundas para el papel higiénico, saquitos de fieltro perfumados, brazaletes a los que se les habían caído varias piedras. Todo mugriento, en el proceso de ser reciclados como regalos de Navidad. La señora Veeder y Ben cayeron juntos encima de la cama. Ben se quedó allí horas, mordisqueando estatuillas de Jesús que brillaban en la oscuridad, mientras ella envolvía regalos con trozos de papel arrugado y cinta enmarañada. Cantando «Jesús nos ama, ¡sí, lo sé...! Pues la Biblia lo proclama».

La mesa del comedor parecía sacada de un anuncio de los bufés de los cruceros. Me quedé admirando el despliegue de platos de carnes, ensaladas, costillas a la brasa, galantinas, gambas, quesos, pasteles, tartas, preguntándome adónde iría todo, cuando empezó a desaparecer ante mis ojos a medida que los parientes de Tiny entraban

sigilosamente, de uno en uno, haciendo incursiones furtivas y volviendo a toda prisa al partido de fútbol.

Esther estaba en la cocina, vestida con un uniforme negro, encorvada sobre un enorme cuenco de masa para los tamales. En el horno se cocinaban empanadas de carne. Bella Lynn abrazó a Esther como si hubiera estado ausente varios meses.

—¿Ha llamado?

—Claro que no, cariño. No va a llamar.

Esther la meció en sus brazos. Había cuidado a Bella Lynn desde que nació. Aun así no la consentía, como todos los demás. En otros tiempos me parecía una mujer despiadada. Bueno, en realidad lo es. Me saludó con un «Mira qué tenemos aquí, ¡otra cabecita hueca!». Me dio también un abrazo. Era una mujer menuda, de huesos delicados, pero te envolvía.

—¿Dónde está ese pobre crío? —fue a ver a Ben, volvió y me abrazó otra vez—. Qué bendición. Es un tesoro de niño. ¿Te sientes afortunada, muchacha?

Asentí, sonriendo.

—Si quieres, te ayudamos a hacer tamales —le dije—. Solo quiero ir a saludar a Tyler y Rex. Y a la tía Tiny. ¿Está...?

—No va a bajar. Se ha llevado la manta eléctrica, la radio y licor. No, se quedará un buen rato ahí arriba.

—Alabado sea Dios —dijo Bella.

—Id a llevarles algo de comer a esos chicarrones al taller. Poned muchas gambas para Rex.

El «taller» de Tyler en realidad era una vieja casa de adobe, con una gran sala de estar y habitación para invitados, una estancia gigantesca llena de armas de fuego, nuevas y antiguas. La sala de estar tenía una gran chimenea, trofeos de caza en todas las paredes y pieles de oso cubriendo las baldosas del suelo. El cuarto de baño era una alfombra de pechos, senos de goma de todos los colores y tamaños. La alfombra fue un regalo que le hizo a mi tío Barry Goldwater, que una vez fue candidato a la presidencia de Estados Unidos.

Ya había oscurecido, era una noche fría y serena. Seguí a Bella Lynn por el sendero.

—¡Descaradas! ¡Basura blanca!

Di un respingo, sobresaltada. Bella se rio.

—No hagas caso, es mamá, en el tejado.

Rex y el tío Tyler se alegraron de verme. Dijeron que cuando Joe volviera a pisar suelo americano se lo hiciera saber, lo descuartizarían vivo. Estaban tomando bourbon y escribiendo listas. En el salón se amontonaban bolsas de la compra llenas a rebosar. Cada año repartían regalos por los asilos de ancianos y los hospitales infantiles y los orfanatos. Se gastaban varios miles de dólares. Solo que no se limitaban a donar cheques. La gracia era elegirlo todo y luego ir por los sitios con comida y Santa Claus.

Ese año habían ideado algo nuevo, porque Rex ahora tenía una avioneta. Una Piper Cub con la que aterrizaba en los pastos al sur de la finca de Tyler. En Nochebuena irían

lanzando las bolsas de juguetes y comida desde el aire y caerían en el suburbio de barracas de Juárez. Los dos hombres se reían mientras seguían tramando sus planes.

—Pero papá —dijo Bella—, ¿qué vamos a hacer con mamá? ¿Y con la tía Mary? ¿Qué hay de Lou y de mí? Unos tigres la atacaron y le hicieron un bombo, y luego huyeron con mi marido.

—Espero que las dos tengáis vestidos de infarto para la fiesta de mañana. Hemos contratado camareros, pero aun así Esther necesitará un poco de ayuda. Rex, ¿cuántos bastones de caramelo calculas entonces para los niños inválidos?